
CAPITULO XXVI.

Un asesinato.

UN general Casanova, que según se dijo entonces, era un español protegido de Osollos, fué el que se quedó en Guadalajara como gobernador y comandante militar de Jalisco por parte del gobierno tacubayista, con amplísimas facultades en hacienda y guerra. En frente de ese gobierno, es decir, no muy en frente, sino en Sayula, según antes hemos dicho, también con parecidas facultades ejercía el poder don Pedro Ogazón, nombrado gobernador por don Benito Juárez. Desde que se presentaba en campaña don Santos Degollado como ministro de la guerra, la gerarquía de Ogazón quedaba limitada á lo civil, pero con la obligación de ayudar en cuanto pudiera á la organización militar.

A Casanova le había dejado Osollos tres cuerpos de infantería, dos de caballería y más de veinte cañones, no llegando su ejército, sin embargo, apenas á unos mil y

quinientos hombres, con los cuales estaba obligado á defender la plaza de todo ataque exterior y á emprender operaciones contra cuantos se levantaran ú opusieran no solamente en el propio departamento sino en los limítrofes, teniendo al efecto facultades de engrosar sus fuerzas hasta donde fuera necesario por medio de la leva ó de los enganches voluntarios que no se acostumbraron entonces ni han llegado á acostumbrarse ahora todavía.

Aunque se vió bien claro que una guarnición de mil quinientos hombres, poco más ó menos, era insignificante no sólo para una plaza de la importancia de Guadalajara, sino para extender su acción á otros Estados, se tenía mucha fé en dos circunstancias: Primera, en que don Carlos Rivas, los Tovar y otros muy adictos á la causa de la religión prestarían auxilios eficaces al nuevo gobierno en el Occidente del Departamento. Segunda, en que los nacionales y grupos de hombres armados que en pequeña escala habían salido huyendo para el Sur, se desbandarían luego que se encontraran aislados y sin recursos ó que alguna fuerza regular pudiera salir en su persecución. Con ese propósito se destacaron algunas partidas mandadas por un tal Piélagos y un tal Monayo, oficial del ejército el primero y jefe de acordada el segundo, ambos muy aptos para la guerra de albazos y encrucijadas.

Pedro Ordóñez, que según se había dicho en Santa Ana, unido con Landa se había dirigido á Guadalajara para pedir una autorización de guerrillero, no la había conseguido por falta de méritos, de edad y de recomendaciones; pero se habían aceptado sus servicios y se había agregado como sargento á las fuerzas de Piélagos que se había mandado á expedicionar por los rumbos de Cocula y Ahualulco del Mercado.

Naturalmente por esos rumbos en los pueblos que iban tocando las fuerzas de Piélagos y Monayo, que ascendían á unos seiscientos hombres, no encontraron á ningún enemigo que combatir, y lo único que hacían era amedrentar á la gente pacífica ocupándoles sus casas y sus propiedades, pues tenían la idea de que cada población, cada hacienda, cada ranchería, era terreno conquistado al enemigo, sobre el cual podían ejercer la más despótica autoridad, tomar alojamientos gratis y hasta acaparar caballos y semillas en la cantidad que se les antojara, poniendo de paso autoridades á su gusto, para lo cual también estaban facultados.

Aunque las dos partidas de hombres armados que mandaban aquellos dos fascinerosos, Piélagos y Monayo, habían salido separadamente, llegaron á encontrarse en una hacienda situada entre Ahualulco y Tequila, en la cual se habían prometido hallar un buen botín de armas y caballos preparado para el enemigo, según denuncia que se les había hecho. Entonces fué cuando Pedro, que tenía cierto trato social y que era admitido por esa circunstancia á alternar con sus jefes, dijo á Piélagos y á Monayo:

—Si de botín se trata, aquí tenemos cerca á un enemigo del gobierno, de cuya persona y bienes podemos disponer sin ningún escrúpulo, porque hasta ha sido gobernador de Jalisco con los puros.

—¿Quién es él? preguntó Piélagos.

—Es el doctor Ignacio Herrera y Cairo.

Monayo, que debía muchos servicios personales á aquel doctor y que tenía la conciencia de que permanecía tranquilo en su hacienda, precisamente porque fiaba en el hombre de las armas que ya antes le había dado toda cla-

se de seguridades, Monayo, decimos, cambió de color y dijo luego:

—El doctor Herrera y Cairo hace mucho tiempo que no se mete en nada.

—Tan se mete, observó Pedro con marcada enquina, que si vamos allá no dejaremos de encontrarnos algunos elementos de guerra destinados para servir al enemigo.

—Nada perdemos con ir allí y ver lo que encontramos, agregó Piélagos con viveza como si fuera ya un golpe que tuviera bien premeditado.

—Pues iremos, dijo Monayo que no quería hacerse sospechoso; pero como yo he tenido amistad con el doctor me quedaré en la cuadrilla.

Desde aquel momento Piélagos se ocupó en recoger datos con todos cuantos encontraba á su paso respecto del doctor, los cuales demostraban que era muy liberal, muy inteligente y hasta cierto punto temible como partidario, porque era enérgico, astuto, valiente y desprendido del dinero cuando se trataba de gastar en favor de su causa.

—Pues creo que es un buen golpe el que vamos á dar, decía Piélagos á Pedro sin ocuparse ya gran cosa de Monayo, y estoy cierto de que lo que hagamos será aprobado en Guadalajara.

Y como si se tratara de dar una sorpresa al enemigo, ocultaron su marcha, saliendo en dirección del Sur y variándola después al Oeste, al amanecer, para seguir caminando en la noche á fin de llegar por la madrugada á la hacienda de la Providencia en donde vivía muy tranquilo el doctor Ignacio Herrera y Cairo, como que era hombre que cansado ya de la política, á la cual había consagrado las energías de su juventud, se había retirado de

ella para ser agricultor y curar gratis á todas las personas de las fincas y poblaciones vecinas que lo necesitaban.

Cuando los trabajadores empezaron á salir para el campo muy á la madrugada, vieron con sorpresa que la casa de la hacienda estaba rodeada de gente armada, y dos jefes en la puerta esperando que ésta se abriera para entrar, no sin que se hubieran encerrado ya en una troje á cuatro ó cinco rancheros que se habían encontrado por allí cerca, montados y armados con *machete*, según la costumbre.

Dicho y hecho, á eso de las cinco de la mañana un criado abrió la puerta, y entonces entraron al corredor Piélagos y Ordóñez con cuatro soldados escogidos. Los que se quedaban rodeando la casa, recibieron orden de no dejar entrar ni salir á nadie.

Piélagos dijo al criado:

—Anda y dí á tu amo que aquí lo buscan unos amigos.

—Señor, le contestó el criado muy humildemente, el señor doctor salió anoche á una curación y volvió muy tarde. Ahora está durmiendo.

—Despiértalo.

—Mandó que no se le despertara.

—Entonces lo despertaré yo: dime dónde está.

El criado, lleno de zozobra, indicó la habitación en que el doctor estaba descansando. Se acercó Piélagos, y con la empuñadura de la espada dió varios golpes secos y repetidos.

—¿Quién es? preguntó la voz del doctor.

—Amigos.

—Pues si son amigos, déjenme dormir un poco más.

—Enemigos, dijo entonces Piélagos con coraje.

—Yo no tengo enemigos, contestó el doctor riéndose, pero en fin, voy á levantarme. Espérenme un momento.

Piélagos aconsejó á Pedro que amartillara su pistola, y á los soldados les ordenó, que sin hacer ruido, prepararan sus fusiles.

Unos minutos después, el doctor á medio vestir abrió la puerta y se hizo á un lado para no recibir el aire de frente, pues la luz era escasa todavía á esas horas.

Los seis hombres se precipitaron en el dormitorio, empuñando las armas en actitud amenazadora.

Al ver esto el doctor Herrera y Cairo, quiso precipitarse á coger su pistola que estaba en la cabecera de su cama; pero ya Pedro se había adelantado, apoderándose de ella lo mismo que de tres armas más que estaban en el rincón de la pieza, de las cuales dos eran escopetas de caza.

—¿Usted es el doctor Herrera y Cairo? preguntó Piélagos.

—¿Me explicarán ustedes qué significa todo esto? preguntó el doctor á su vez, sin poderse dar cuenta de que tal invasión se hiciera á aquellas horas en su habitación, sin tener sobre ella ningunos antecedentes.

—Esto significa, señor, contestó Piélagos con la voz temblorosa, pues siempre la actitud digna de un hombre inocente impone, que nosotros hemos sido enviados aquí para sorprender una conspiración.

—Una conspiración?

—Sí.

—Pero usted ve que estoy solo y me levanto de la cama.

—Si no la hay ahora, la ha habido, continuó dicién-

do Piélagó. Tenemos datos ciertos de que se han celebrado aquí algunas reuniones numerosas y de que hay ocultos elementos de guerra.

—Ah! ¿de manera que ustedes pertenecen á alguna fuerza enviada á catear la hacienda?

—Yo soy el jefe de las tropas, pertenezco al gobierno restaurador de las garantías establecido en Guadalajara y

—Viene usted á restaurar aquí las garantías, continuó diciendo el doctor Herrera y Cairo con tono algo sarcástico.

Piélagó levantó la cabeza altivamente porque era orgulloso, y dijo ya en un tono resuelto:

—Basta ya de explicaciones que no necesitamos dar, porque nosotros somos soldados y cumplimos con una consigna, de manera que vístase pronto y dispóngase á seguirnos.

—Muy bien, señor ¿qué graduación tiene usted?

—Soy el teniente coronel Piélagó.

—Muy bien, señor teniente coronel, en este momento soy con ustedes.

Entonces Piélagó, Pedro y los hombres se salieron al corredor, por supuesto con todo y las pocas armas que se habían encontrado.

Estando fuera, el primer jefe dijo al segundo:

—¿Conoce usted esta hacienda?

—No la conozco, contestó Pedro; pero adivinando las intenciones de Piélagó agregó: ya he mandado que se asegure á toda cuanta gente haya, hombres ó mujeres, y que se registren minuciosamente todos los rincones, porque á no caber duda, según las noticias, debemos encontrar aquí algún parque y algunas armas.

El doctor Herrera, según había ofrecido, se vistió pronto, salió y dijo á los que estaban en el corredor:

—Estoy á las órdenes de ustedes.

Piélagó se quedó un momento pensativo y luego dijo:

—Vamos á dar dos ó tres horas de descanso á la tropa para que almuerce, y en seguida nos pondremos en marcha. Entre tanto, en la pieza de la finca que usted elija, se quedará con una guardia.

—Me es indiferente cualquiera, contestó Herrera y Cairo.

—Entonces aquí.

Y Piélagó escogió un extremo del corredor en donde no había ninguna puerta. Allí se colocó una silla en que se sentó Herrera estoicamente, rodeado de un grupo de soldados mandados por Pedro, que, bajo la responsabilidad del jefe de la fuerza, funcionaba ya como subteniente.

—¿De manera que estoy preso? preguntó el doctor.

—Solamente mientras se hace un registro de la hacienda, contestó Piélagó.

Este dió media vuelta, ordenó los servicios que debían hacerse, que se dispusiera el rancho de la tropa y él personalmente fué á continuar el cateo que dió por resultado, como era natural, que se encontraran algunos fusiles para defensa de la finca y alguna correspondencia que el dueño de ella mantenía con algunos de sus amigos liberales en que le daban noticias de la situación, lamentando muchos de ellos su retraimiento.

Como lo que se buscaba á todo trance, era un pretexto cualquiera, aquello poco que se encontró, sirvió para formar el cuerpo del delito, y en esa virtud Piélagó di-

jo desde lejos al oficial que estaba al frente de la guardia encargada de la custodia del preso:

—Queda el señor rigurosamente incomunicado.

Herrera y Cairo oyó con extrañeza aquella orden, pero se conformó con encogerse de hombros y murmurar de manera que lo oyeran algunos de los que lo rodeaban:

—Esto sí que es bastante misterioso.

Luego que la tropa comió, Piélagos, después de coger lo mejor que se encontró en la hacienda para sí y para sus soldados, dió la orden de marcha.

Cuando la tropa estuvo lista, montó él á caballo, y como había mandado que se ensillara uno de los propios caballos del doctor Herrera y Cairo, dijo á Pedro:

—Haga usted que monte el preso en su caballo y seguirá con la misma fuerza custodiándolo.

—Pero señor, dijo entonces el doctor, ¿no se me permitirá despedirme de mi familia?

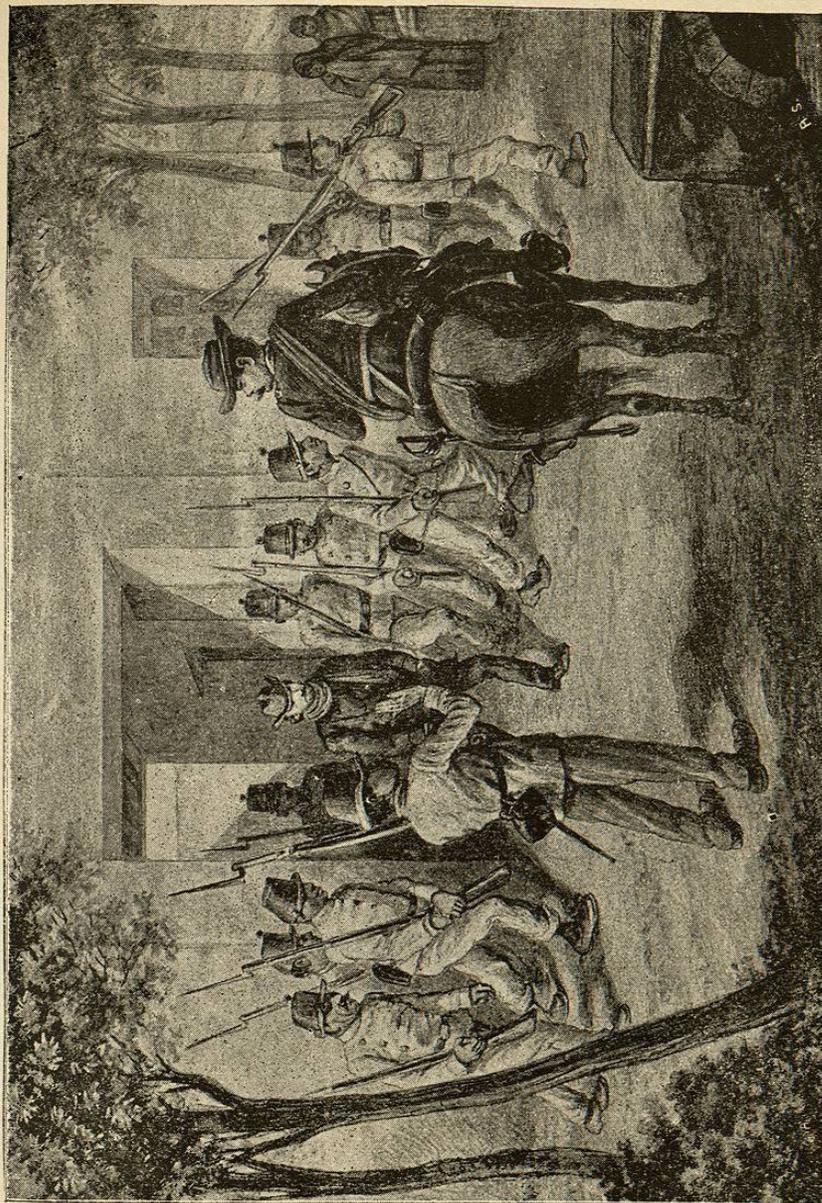
—¡Silencio! gritó Pedro Ordóñez, se encuentra usted incomunicado.

La familia había sido encerrada en otro departamento, y sólo cuando salieron los últimos soldados que estaban dentro de la hacienda, fué cuando se oyeron primero sollozos y luego gritos de desesperación.

A nadie se permitió que siguiera al preso, y el mismo Piélagos dijo á los criados que se hacían cruces viendo todo aquello:

—He dado la orden de que se haga fuego á cualquiera que venga á seguirnos.

Por la tarde llegó Piélagos con su fuerza y con el preso á la población de Ahualulco del Mercado, tomando allí cuarteles y alojándose en la casa principal que pertenecía al coronel don Tomás Ramírez Lazo. Allí mismo fué ence-



Aprehensión del Doctor Herrera y Cairo.